

Documentos

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR PRESIDENTE DEL BRASIL, JOSÉ SARNEY, EN OCASIÓN DE SU VISITA A EL COLEGIO DE MÉXICO, EL 18 DE AGOSTO DE 1987

Templo mayor de la inteligencia latinoamericana, con casi medio siglo de existencia, este Colegio continúa siendo único y ejemplar como centro de investigación y como asamblea de grandes profesores en humanidades y ciencias sociales. Fundado bajo la doble égida de la historia y del humanismo, gracias al fecundo trabajo de Cosío Villegas y Alfonso Reyes, supo sobrevivir a todas las transformaciones por las que pasó la estructura universitaria en nuestro continente. Su estatuto y vocación —la primacía de la investigación conducida por una pléyade de *scholars*— lo preservan de los peligros de la masificación. Por aquí pasaron lúcidos dirigentes, ellos mismos grandes intelectuales, como hoy es el caso del internacionalista Don Mario Ojeda. El Brasil intelectual ve la obra de El Colegio de México con profundo respeto y admiración. Ustedes retuvieron el secreto de la excelencia en medio de la presión del número y del ruido de las ideologías. No es decir poco.

Mencioné la figura impar de Alfonso Reyes. Aún guardamos en Brasil el grato recuerdo de aquel que fuera entre nosotros un incomparable embajador no sólo del gobierno, sino también del espíritu mexicano. Cuando concluyó su misión pocos años antes de su regreso definitivo a México, los mejores escritores modernos de Brasil, comenzando por Manuel Bandeira, el gran poeta que enseñaba literatura hispanoamericana en la Universidad, sintieron la laguna por él dejada.

Algunos de sus textos, en este género lleno de humor y poesía que los brasileños llaman crónica, me hacen creer que Reyes amó al Brasil, tanto cuanto los brasileños lo amaron y lo admiraron. En Rio de Janeiro, como ustedes saben, escribió algunas de sus páginas máximas, y no me refiero sólo a sus *Romances de Rio de Janeiro* (1933), sino también a un ensayo crucial, “Lo mexicano y lo universal”, y a algunos de sus poemas clave. Poemas como “Sol de Monterrey”, por ejemplo; o los versos, tan sentidos, en memoria de la muerte de su padre, en aquel “Febrero de Caín y de Metralla”. Alfonso Reyes fue el magnífico pionero del contacto cultural entre México y América del Sur. Estaba persuadido, y lo dijo en “El Destino de América”, que “las naciones americanas no son, entre sí, tan extranjeras como las naciones de otros continentes”. Alfonso Reyes tornó México y Brasil más próximos uno del otro. Su misión está aún vigente y debe ser continuada por nuestros artistas, por nuestros intelectuales y por nuestros políticos. Como escritor y como político me siento doblemente investido de la misión de promover el estrechamiento de nuestros lazos culturales.

Soy escritor por vocación y político por destino. El intelectual busca siem-

pre una visión profética, sus deseos son plenos de ideales absolutos. El político tiene que atenerse a las limitaciones de su capacidad de acción. Por lo tanto, es difícil ajustar estas vertientes contradictorias, pero que al fin se complementan, porque es la angustia del intelectual la que abastece de determinación a la acción política.

La creencia en la literatura me ha ayudado, en la conducción de la política, a no perder de vista jamás los amplios horizontes que cruzan los embates de lo cotidiano. Para el escritor, todos los mundos son abiertos. El intelectual no puede conformarse con las tristes realidades del día a día. Él está empeñado en transformarlas, porque, por hábito y disciplina, ve más lejos. El hecho de estar en la política me ha permitido, por otra parte, comparar los ideales y sueños del intelectual con los imperativos y posibilidades concretas del presente. El papel transformador del político tiene como límites la propia realidad. La política es el arte de lo posible.

Felizmente en la cuestión de la aproximación cultural entre México y Brasil, el sueño del intelectual está pudiendo ser realizado por el político. Somos patrias hermanas, con ricas y complejas culturas, al mismo tiempo próximas y distantes entre sí. Cuando leemos *As Raízes do Brasil* de Sergio Buarque de Holanda y *El Laberinto de la Soledad* de Octavio Paz, nos damos cuenta de que existe un carácter brasileño, como existe un carácter mexicano, que en alguna medida contrastan y hasta cierto punto se asemejan. Aquí el culto de la muerte y de lo trágico, expresión profunda de una rica historia y de una cultura milenaria. Allí la tristeza exorcizada en la explosión carnavalesca. Aquí como allí el culto de las máscaras, de la fiesta; la cordialidad del hombre. Aquí como allí la mezcla de las razas, el sincretismo religioso, la producción de una cultura que es una fusión de culturas. Si nuestras tradiciones a veces se aproximan y a veces nos hacen distintos y complementarios, cuando recorremos nuestros territorios tenemos la nítida sensación de que estamos en un mismo país, tal es la semejanza de nuestro paisaje social. Enfrentamos el agudo problema del contraste entre pobreza y riqueza. Estamos confrontados con la urbanización acelerada y desordenada, con la cuestión de la marginalidad en las grandes ciudades. Tenemos por delante los desafíos, los buenos frutos y los enormes gastos de la industrialización.

Todo eso nos hace indagar sobre el modelo de desarrollo que deseamos implantar, y cuál es el camino de nuestra "búsqueda de la felicidad". Nuestras sociedades cargan el pesado fardo de una deuda externa que tiene mucho que ver con la forma en que nuestras economías se encajan en el sistema internacional. Nuestros pueblos se parecen, pues son semejantes sus problemas materiales y sus expectativas de superación del subdesarrollo. Las ciencias sociales de América Latina han dado una contribución teórica fundamental para el entendimiento de nuestra realidad. Inclusive, ha habido una influencia recíproca y benéfica entre las obras producidas en nuestros países. Por todo eso, América Latina es una sola en su pluralidad. Su identidad se funda en valores historicoculturales y en la realidad de su inserción económica y política en el mundo.

Brasil es parte plena de esa América Latina. Aquí cabría recordar la tesis de Gilberto Freire, el gran sociólogo que hace poco perdimos: el brasileño tiene su lugar entre *los otros hispánicos*. La hermandad latinoamericana no proviene solamente de nuestra raíz ibérica común, no refleja sólo el hecho histórico, hoy distante, de la conquista. Traduce el propio presente; expresa una peculiaridad esencial de nuestra cultura, vigente y viva. Culturalmente hablando, la expansión ibérica, al contrario que otras colonizaciones europeas, rechazó el etnocentrismo. Eso porque, según Gilberto Freire, es propio del genio hispánico de civilización “ser transnacional sin repudiar lo nacional; suprapersonal, simbólico, universal sin rechazar lo personal”, y además “saber buscar lo esencial, siendo constantemente existencial”. De ahí la naturaleza fuertemente permeable de nuestra cultura latinoamericana: aspectos que no se deben tomar por meramente negativos, pues representan una fase legítima y efectiva de nuestra civilización. Un trazo que, siendo fiel a la experiencia histórica de nuestras raíces, se convirtió en una clara ventaja del mundo actual, condenado como está a la supercomunicación, a la interdependencia y al contacto constante entre culturas distintas.

Ya decía Bolívar, en su Carta de Jamaica, que los latinoamericanos son “un pequeño género humano”. Y afortunadamente así es. Naciones como México y Brasil no son sólo sociedades mestizas. Son también culturas mezcladas, donde el nacionalismo más auténtico es el más abierto al intenso intercambio con otros pueblos, otros tiempos, otras costumbres. Nuestro propio horror a la dependencia es un deseo de apertura y pluralidad. La cuestión del otro nos fascina. En realidad, es parte de nuestro sentido de identidad.

En este fin de siglo, de nuestras modernizaciones, el otro que buscamos es la modernidad. Mi experiencia política coincide mucho con esa búsqueda. Hoy, gobernar es esencialmente modernizar. La búsqueda del equilibrio cultural es, en estas circunstancias, una meta aún más apremiante. Se trata de abrir caminos sin traicionar los orígenes, de conquistar futuros sin borrar la significación del pasado, de multiplicar libertades sin hacer tabla rasa de las buenas tradiciones, de creer en el progreso sin caer en la superstición de lo nuevo. Aprendemos a duras penas el costo social del desarrollo a ciegas. Mientras tanto, no podemos darnos el lujo de no crecer. Sólo el progreso económico nos permitirá rescatar nuestras masas de su pobreza; sólo el desarrollo nos faculta a aumentar la justicia sin prescindir de la libertad.

El problema de la cultura en la democracia es la tensión entre acceso y calidad. Para algunos no se trata de tensión, sino de una verdadera contradicción: entre el acceso de las masas a la cultura y lograr calidad, simplemente habría que elegir. No me incluyo entre los que comparten el pesimismo de este elitismo. Creo que se puede compatibilizar la multiplicación de oportunidades educacionales con la perseverancia en el perfeccionamiento de niveles intelectuales y culturales. Si el desarrollismo educacional está, y con razón, desacreditado, el derecho a la educación continúa siendo una de las marcas de nuestra cultura democrática. Por lo tanto, el problema no es una disyuntiva —acceso o calidad— sino una síntesis; asegurar el acceso a la calidad. En

la era de las masas, las grandes instituciones de cultura son los faros de la excelencia en el océano del número. Por eso tienen que ser al mismo tiempo abiertas en su espíritu y rigurosas en su método, como es El Colegio de México.

Como cualquier otra civilización, la cultura de la técnica requiere una sabiduría. Pero la sabiduría, en nuestra sociedad ultracambiante, es en sí misma estable e intangible. Por carecer de la sabiduría antigua, fija y uniforme, muchas veces incurrimos en el equívoco de confundir sabiduría con puro conocimiento y conocimiento con la simple información. Para evitar este equívoco es que necesitamos mantener el saber —una gran parte del saber— libre de toda utilidad inmediata. Y eso, ese genio plástico, ese don para la mezcla que da impulso a la cultura latinoamericana, no es mala compañía. Encrucijada de culturas, América Latina no se sitúa en mala posición para convertir el intercambio de saberes en fuente de moderna sabiduría. Nuestros maestros, nuestros intelectuales, no olvidarán ese hecho, estoy seguro, en esta hora en que se aviva aún más el sentimiento común latinoamericano. La preservación de los valores culturales latinoamericanos es fundamental para el refuerzo de nuestra identidad. No obstante, esta identidad no debe ser confundida con el anquilosamiento cultural. Somos portadores de culturas dinámicas. El mayor estrechamiento de los lazos culturales entre nuestros países puede llegar a tener como uno de sus resultados el enriquecimiento cultural recíproco y, en consecuencia, el refuerzo de la expresión latinoamericana en términos globales.

Por fin, mucho me satisface señalar cuánto, dentro de nuestra comunidad latinoamericana, Brasil y México en particular, comparten valores, ideales y preferencias. Sin salir de nuestro tiempo, no hay brasileño culto que no admire el genio de los grandes muralistas mexicanos, o la literatura de Revueltas, de Juan Rulfo, de Octavio Paz o de Carlos Fuentes, o el arte de Cuevas, como no hay mexicano sensible que no conozca la arquitectura de Lucio Costa y Niemayer, la música de Villa-Lobos, la ficción de Guimarães Rosa o de Jorge Amado, la poesía de Carlos Drummond o la música popular brasileña. Somos sensibilidades afines y complementarias. Una razón más para profundizar y estrechar contactos. Estoy seguro de que en esa aproximación, hoy como ayer, El Colegio de México desempeñará un papel fundamental.

Muchas gracias.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PRESIDENTE DE EL COLEGIO DE MÉXICO, SEÑOR MARIO OJEDA, EN OCASIÓN DE LA VISITA A LA INSTITUCIÓN DEL PRESIDENTE DEL BRASIL, SEÑOR DON JOSÉ SARNEY, EL 18 DE AGOSTO DE 1987

Distinguido señor presidente Sarney:

Sea usted bienvenido a nuestra institución. Quienes aquí laboramos nos sentimos muy honrados por la visita a nuestra casa de estudios del Jefe de Estado de un país amigo; de un país que es, por su extensión territorial y por su población, el más grande de la América Latina y de un país que es, además, el más industrializado de la región y cuya economía se cuenta entre las 10 más grandes del mundo. Pero el Brasil es todo eso y mucho más. Brasil es también el país de una fascinante cultura popular; de una sociedad que se expresa en un lenguaje de ritmo cadencioso; de un folklore cuya música es subyugante y contagiosa; y de un pueblo que ha sabido realizar profundas transformaciones sociales, sin llegar nunca a la violencia.

Señor presidente Sarney:

Los aquí presentes, a más de honrados, nos sentimos muy contentos de tener entre nosotros al colega, al académico y hombre de letras, al autor de tantos bellos e interesantes libros, unos que son fina expresión de la literatura del norte brasileño, cuna de la más rica producción literaria del Brasil, y otros que contienen profundas reflexiones de carácter político. Es por ello que queremos subrayar este día, sin perjuicio de su alta investidura, nuestra admiración a usted como académico y como hombre de letras.

Permítame decirle, señor Presidente, que con el Brasil nos unen antiguos y fuertes lazos. En primer lugar cabe destacar que los profesores José Thiago Cintra, Orlandina de Oliveira y Vania Almeida de Salles, los tres de nacionalidad brasileña y los tres aquí presentes, tienen una larga trayectoria como miembros de nuestro cuerpo académico. Hemos contado también, en distintos momentos, con la cooperación, como profesores o conferenciantes invitados, de un buen número de distinguidos brasileños. Debo mencionar, en primer término, al Dr. Juscelino Kubitschek, quien nos concedió el honor de impartir una conferencia en El Colegio poco después de haber dejado la presidencia de su país. Debo mencionar también a Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Nelson de Souza Sampaio, Fernando Henrique Cardoso, Ruy Mauro Marini, Magda Fritscher y Celso Lafer.

Es oportuno recordar, en esta ocasión, que el actual embajador de México

en Brasilia, señor Antonio González de León, aquí presente, fue investigador asociado de El Colegio años atrás.

Cabe destacar también, a este respecto, que don Alfonso Reyes, primer presidente de El Colegio de México fue, con anterioridad a ese cargo, embajador en Brasil. Estuvo allí una larga temporada, de 1930 a 1936. En esos seis años, Reyes cumplió su misión diplomática y propició el conocimiento entre los dos pueblos.

Al terminar su misión en Brasil, Reyes marchó a Buenos Aires como embajador. Allí permaneció hasta finales de 1937 y regresó a México en enero de 1938. El mes de marzo siguiente, o sea dos meses después de su regreso al país, Lázaro Cárdenas, en ese entonces presidente de México, lleva a cabo la expropiación de las compañías petroleras extranjeras. Esto le produce a México un boicot internacional a su petróleo, instigado por los antiguos propietarios de las compañías expropiadas. Son momentos difíciles para el país. Está en juego el cumplimiento efectivo de un acto soberano ante la amenaza de las represalias económicas. En medio de tales circunstancias, el presidente Cárdenas designa a Alfonso Reyes como comisionado especial, en categoría de embajador, para negociar con el Gobierno del Brasil la compra de petróleo mexicano. Con esta función Reyes viaja a Río de Janeiro en mayo de 1938. En enero de 1939 regresa a México con la satisfacción de la misión cumplida y es nombrado presidente de la Casa de España, nombre que llevó El Colegio de México durante sus dos primeros años de vida. Permanece en ese cargo, a través del cual va a portar su experiencia y su genialidad a la naciente institución, hasta el año de su muerte, acaecida en 1959.

La obra escrita de Alfonso Reyes sobre el Brasil es sorprendente. Se compone de tres libros y un artículo: *Introducción al estudio económico del Brasil*, publicada en 1938; *El Brasil en una castaña*, de 1942; *Panorama del Brasil*, de 1945 e "Historia natural das Laranjeiras", texto escrito durante su estancia en Río, pero publicado hasta el año de su muerte, 1959.

Señor presidente Sarney:

Aquí en El Colegio de México tenemos la más viva esperanza de que todos estos antecedentes referidos a usted esta mañana, sirvan para estimular el intercambio cultural y académico entre nuestros países. Si la América Latina tiene en efecto, como expresión de una voluntad política colectiva, el proyecto de acelerar los procesos de integración económica y de concertación política, el intercambio académico puede ser el instrumento adecuado para una mayor concientización.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PROFESOR JOSÉ THIAGO CINTRA CON MOTIVO DE LA VISITA A EL COLEGIO DE MÉXICO DEL PRESIDENTE DEL BRASIL, SEÑOR DON JOSÉ SARNEY, EL 18 DE AGOSTO DE 1987

Señor Presidente Sarney:

Es para todos nosotros un honor poder compartir con el académico José Sarney algunos momentos de comunicación intelectual. Agradezco al presidente de El Colegio de México, Lic. Mario Ojeda, el honor de poder dirigir estas palabras, en presencia de tan ilustre visitante.

Señor Presidente:

Sin mayores preámbulos entro al tema de mi breve intervención. Para ello tomo en cuenta los muchos años que tengo de vivir fuera de Brasil, pero en México, uno de los países clave del continente. Me centro en un par de reflexiones sobre las relaciones brasileño-mexicanas sin, por supuesto, perder la perspectiva de la región latinoamericana.

Después de más de dos décadas de radicar en México, nunca he podido comprender —aunque tal vez lo entienda— por qué las relaciones mexicano-brasileñas han sido tan tibias y, a veces, hasta frías. Comprendo que la circunstancia política del periodo militar brasileño contribuyó para ello. Pero a lo largo de los últimos años esto no se justifica. Siento que se ha perdido tiempo y espacio y que en una época de crisis como la actual, esta falta de relación cercana ha afectado nuestros respectivos proyectos de vialidad y autonomía nacionales.

Faltó visión para percibir la importancia que, para ambos países, hubiera representado un concierto de voluntades políticas a partir, principalmente, de la década pasada, cuando ya se evidenciaban en el escenario internacional signos muy claros de lo que hoy día estamos padeciendo. Se ha perdido espacio, pues ha habido una sensible disminución de los márgenes internacionales de maniora, necesarios para la actuación diplomática, económica, financiera y aun estratégica de ambos países. Al parecer, el peso abrumador de una interdependencia estructural asimétrica, aunada a una coyuntura de crisis, ofuscó casi totalmente nuestra óptica de análisis de las relaciones Sur-Sur y, por ende, de las relaciones Brasil-México.

Algunos consideran que, simplemente, faltó una mayor sincronía entre ambos países y, por ello, no marcharon las relaciones como uno hubiera supuesto que era lógico. Se dice que cuando México quiso fomentar un acer-

camiento, Brasil no reaccionó favorablemente, y que cuando Brasil tomó la iniciativa, México fue el que no reaccionó con entusiasmo. No fue sino hasta fecha reciente, a partir de 1982 —en medio de una asfixiante crisis— cuando estas relaciones fueron pautadas, más por una lógica de emergencia que por la conciencia del papel histórico de un acercamiento a largo plazo.

América Latina empieza en el muro de contención que representa, geopolíticamente, el parteaguas del río Bravo y, por ende, debemos desechar la idea de que América Latina es solamente América del Sur. Por supuesto que el escenario internacional de hoy día no es normal. Es de crisis. Sabemos que, para nuestros países, ha habido algunos reveses; se han perdido algunas batallas, pero ninguna con un significado de Waterloo, ni para México, ni para Brasil, Argentina o los otros países de la América Latina.

Señor Presidente, amigos mexicanos:

Hoy día y en los años venideros, todo hace creer que no existe y no existirá país que, por grande que sea, tenga condiciones para mantenerse con una soberanía absoluta. Nuestras naciones, como en el caso de México y Brasil, tienen con creces las condiciones tanto físicas como humanas, y también políticas, de viabilidad con autonomía. Empero, estas viabilidades con autonomía se ven, más que antes, obstaculizadas por el orden global de hoy. Asistimos a una especie de retroalimentación perversa, en el seno de ese enorme círculo de la interdependencia asimétrica. Los problemas de un orden externo —desigual e injusto— insiden con violencia sobre nuestras sociedades para, en seguida, agregarse negativamente a los insumos internos, generados por el fenómeno de las expectativas crecientes de los ciudadanos de nuestras naciones.

Frente a ello, parece muy difícil que podamos enfrentar con éxito los retos del mañana. Si no nos integramos, se abrirá el paso a la disgregación y fragmentación de nuestras naciones y, por ende, se nos escapará la sobrevivencia misma de los proyectos soberanos de nuestros países, como los conocemos en la actualidad. Comprendo que no es fácil para quienes tenemos la condición de potencias medias aceptar con humildad tesis nuevas. Sin embargo, debemos buscar con realismo una nueva dimensión de soberanía, que sea capaz de asimilar la concertación política de nuestras naciones. Sólo así se podrán explotar las aún existentes posibilidades de dar a las relaciones México-Brasil una orientación decididamente dinámica y creativa, acorde con los desafíos del próximo siglo.